

SERMON
QUE EN LA MISA NUEVA

DEL

PRESBITERO DON JORGE FERNANDEZ,

PREDICÓ SU AMIGO

F. N. A. R.



OVIEDO: 1862

IMPRESA DE SOLIS.

San José núm. 2.

D.721048

Hoc facite in meam commemorationem.
Div. Paul. 1.^a ad Corint. c. 11. v. 24.
Haced esto en memoria de mi.

Con estas divinas palabras confirió Jesucristo Señor nuestro la dignidad sacerdotal á sus Apóstoles, juntamente con la potestad de trasmitirla á otros ellos, y sus sucesores hasta la consumacion de los siglos. Sí, señores; el gran Pontífice de la ley de gracia, el Soberano Sacrificador, entró, no como el Pontífice hebreo en el tabernáculo material de leño y piedra, sino en el Santuario vivo é inmaterial, tomó en sus manos el pan y el vino, y pronunciando sobre estos débiles elementos palabras omnipotentes, convirtió el pan en su cuerpo, y el vino en su sangre: suprimió la ceremonia de la ley, y trasladó el antiguo testamento al nuevo, mudó el sacerdocio levítico, y traspasó el derecho de sacrificar á otro orden de sacerdocio que el de Aarón, siendo él mismo el sacerdote eterno segun el orden de Melquisedehc. Con el mismo óleo eterno con que él fué antes de todos los tiempos unguido Pontífice de la nueva ley por su Padre, consagró á los Apóstoles, los hizo participantes de su sacerdocio, y sacrificadores de su cuerpo y de su sangre; proveyó á su Iglesia de un sacrificio, que el Concilio de Trento llama por excelencia la obra de Dios, en el que todo es santo, todo grande, todo digno de Dios á quien se ofrece, y de Dios que sacrifica, porque una misma cosa es, dice San Pablo, el Pontífice y la Víctima, el sacerdote y la hostia, la oblacion y el oferente, el testador y el testamento.

Así llenó Jesús los espacios de su inmensa caridad para con los hombres, instituyendo la hostia inmaculada, el sacrificio santo, el

sacerdocio eterno para honor de su Padre, reconciliacion del mundo, eterna memoria de su amor, y para que fuese como un centro de religion en donde se recogiese la gloria de Dios, y toda la fé de los fieles; en donde los frutos de la redencion se distribuyesen por toda la Iglesia, y en donde los hijos de los hombres recogiesen á manos llenas sus misericordias infinitas. ¡Oh dicha inmensa la del pueblo cristiano, pues que tan enriquecido se halla con este augusto sacrificio, y con la potestad escelsa de los sacerdotes que lo celebran y ofrecen!

A la vista teneis, señores, á ese nuevo sacerdote, que en virtud de la uncion sagrada que recibió en su ordenacion, sube hoy por la primera vez al altar santo como sacrificador del nuevo testamento, á renovar la oblacion única, el gran sacrificio, el remedio del género humano prometido al universo desde el principio de los siglos. Hoy va á ser allí el ministro de todas las gracias esparcidas sobre el cuerpo de la Iglesia. Hoy vá á ofrecer allí por la primera vez aquella víctima divina, de donde se derivan á los hombres, inmensos é inestimables beneficios.

Sí, oh nuevo sacerdote!; presente estabas en la mente divina del Hombre-Dios, cuando en la santa casa del cenáculo instituyó el sacrificio incruento de su cuerpo y sangre, y dejó establecida en su Iglesia la potestad sacerdotal para ofrecerlo. ¡Oh! ¡Qué dichoso eres en que su inmensa bondad haya querido colocarte desde entonces entre los Príncipes de su pueblo, sublimándote á tan escelsa dignidad! Pero advierte, *que si bien tu dignidad es la mas augusta, tambien lleva consigo y pesan sobre tí los mas estrechos deberes.* Y ved aquí, señores, las dos breves reflexiones en que está cifrado todo el plan del presente discurso. Para desempeñarlo dignamente, necesito cual nunca los auxilios de la divina gracia. Ayudadme á implorarlos por la intercesion de la inmaculada siempre Virgen Maria, nuestra Madre y Señora, saludándola devotamente con el Angel: Ave Maria.

Hoc facite in meam commemorationem.

Div. Paul. 1.^a ad Corint. c. 11. v. 24.

Haced esto en memoria de mí.

Si queremos formar una idea justa de la dignidad sacerdotal, preciso es que nuestra imaginación retroceda más de cincuenta siglos, y discurriendo por millares de generaciones, no podrá menos de complacerse al contemplar los símbolos misteriosos, y las alegorías sublimes destinadas á prefigurar este augusto ministerio. Aquí veremos á un Abél ofreciendo al Todo-poderoso las primicias de sus rebaños. Allí á un Abraham tomando en su mano el cuchillo, y levantando su brazo para sacrificar al Señor un hijo predilecto sobre la cumbre del monte Moria. Ora á un Jacob erigiendo un altar sobre una piedra, é inmolando sobre él víctimas de espiazione al Dios de sus padres. Ora á un Moisés celebrando con el pueblo de Israel el sacrificio del Cordero Pascual, monumento del pacto de alianza que hiciera el Señor con los hijos de la cautividad. Se nos representará despues el gran Pontífice Aarón adornado del efod, del racional y de la tiara, que colocado en el átrio del tabernáculo, recibe sobre su cabeza el óleo de la consagración, y penetrando en el Santuario desparrama la sangre de las víctimas, y ofrece los panes ácimos sobre el altar de los holocaustos. De este, cual de tronco fecundo, veremos brotar mil vástagos, que estendiéndose por toda la tribu de Leví, perpetúan el sacerdocio en tantos ilustres pontífices destinados á servir en el *Sancta Sanctorum*, y á espiar con sus ofrendas y sacrificios los pecados de su pueblo. ¡Qué espectáculo tan magestuoso! Sin embargo, por bello y sorprendente que parezca todo esto, no es un

bosquejo apenas de la escelencia del sacerdocio católico. El sacerdocio patriarcal, y los ritos mosaicos, nada ofrecen mas que imágenes y figuras de este. Preciso es, pues, para hallar el origen de esta dignidad augusta, jamás conocida hasta entonces en el Universo, penetrar por las edades, subir hasta J. C., y aprender de la boca misma del Divino Fundador del testamento nuevo, el sitio distinguido que ocupa el nuevo sacerdocio entre las obras del Todo-poderoso.

Llegado era el momento en que las diferencias legales debian espirar. Al sacerdocio levítico iba sustituirse un sacerdocio segun el orden de Melquisedech. Ya el Sumo sacerdote Jesús habia ofrecido á su Eterno Padre la oblacion pura y sin mancha del pan y del vino, dejando bajo los accidentes de estas dos sustancias su cuerpo divino y su sangre preciosa, como último rasgo de su infinito amor para con los hombres. Ya los discípulos de este Hombre-Dios habian participado de este manjar de vida eterna, de este cáliz de perpétua salud. Solo faltaba que este prodigio inaudito se perpetuase en el mundo hasta la consumacion de los siglos. A este fin, el gran Pontífice de los bienes venideros, próximo ya á subir á la ara santa de la cruz á consumir el gran sacrificio que habia de unir lo terreno con lo celestial, y anudar lo divino con lo humano, reviste á los suyos de todo su poder, traspasa á ellos todos sus derechos, y les encarga que reproduzcan aquel misterio divino en memoria suya. Despues de esto, para dar una mas perfecta sancion á aquella especie de omnipotencia de que les invisitiera, eleva al cielo sus divinos ojos, y hablando con su Padre le dirige esta sublime oracion: *¡Oh Padre! hé aquí la hora: glorifica á tu hijo, para que tu hijo te glorifique á tí: Yo ya no estoy mas en el mundo, porque debo partir en breve á unirme contigo; pero quedan en el mundo estos que tú me diste. Mientras estaba Yo con ellos, los defendia en tu nombre. Guardado hé los que tu me diste y ninguno de ellos se ha perdido, sino el hijo de perdicion, porque cumplirse debia la escritura. Ahora, pues, vengo á tí, y digo esto estando todavia en el mundo, á fin de que ellos tengan en sí mismos el gozo cumplido que tengo Yo. Yo les hé comunicado tu doctrina, y el mundo los há aborrecido, porque no son del mundo, así como Yo tampoco soy*

del mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal..... Así como tu me has enviado al mundo, del mismo modo los he enviado también á ellos al mundo.

¿Puede darse, católicos, puede darse cosa mas grandiosa en elogio del ministerio sacerdotal? No es posible. Toda elocuencia humana debe enmudecer en presencia de estas breves palabras de nuestro divino Salvador. ¡Qué pasmo! Enviados de Dios, vicerregentes de Dios, plenipotenciarios de Dios..... Todo esto, y mucho mas que mi lengua no alcanza á describir se halla reasumido en aquella espresion tan significativa: *Sicut tu me missisti in mundum, et ego missi eos in mundum.* Sí, venerables sacerdotes; todo el poder, toda la magestad, la grandeza y los derechos todos que Jesucristo recibiera de su Eterno Padre, se hallan vinculados á vuestra mision augusta. Vuestro carácter no puede ser mas elevado, ni mas sublime vuestra dignidad. Sois hombres divinizados como se espresa San Dionisio: Sois criaturas celestiales, en sentir de San Juan Crisóstomo: Dioses sois, en cualidad de sacerdotes, porque cumplís un ministerio divino, segun la sentencia de San Ambrosio; y estais encargados de continuar en la tierra la mision del mediador eterno, dice el citado San Crisóstomo.

Y no solamente respecto del cuerpo real y verdadero de Jesucristo, ejerce el sacerdote este poder incomparable, sino que se estiende también á su cuerpo místico y espiritual, cual es la Iglesia que él mismo fundó en la plenitud de los tiempos. Quizá no faltarán nuevos Fariseos y Escribas que pregunten, como preguntaron los antiguos al mismo Jesucristo: ¿Quién puede perdonar pecados, sino solo Dios? *Quis potest dimittere peccata, nisi solus Deus?* Nosotros no haremos sino señalarles con el dedo un sacerdote de la ley de gracia, y decirles con imperturbable seguridad: hé ahí un hombre en quien reside ese poder. Los siglos, las generaciones, los tiempos y los humanos acontecimientos, jamás podrán desmentir las palabras de aquel, que habiendo recibido de su Eterno Padre todo poder en el cielo y en la tierra, dijo á sus Apóstoles y á los que en pos de estos debian sucederse: Recibid el Espíritu Santo: Yo os envío á vosotros, como mi Padre me envió á mí: cuantos pecados perdonáreis en la tierra, perdonados quedarán en el cielo: vosotros sois la luz del mundo, y la sal de

la tierra: vosotros los destinados á regenerar el mundo, y renovar las sociedades. Id, pues: recorred el Universo, predicad á todas las gentes, y enseñad á todas las naciones; los que creyeren en vuestras palabras, conseguirán salud perpétua; desventurados empero los que reusaren recibir vuestra doctrina, pues sobre ellos debe pesar una eterna reprobacion. ¿Quién, pues, será capaz de concebir la grandeza misteriosa de un ministerio á quien se han confiado destinos tan sublimes, á quien se ha vinculado un poder universal?

Y bien, señores, ¿se acatan, se veneran cual se debe los sacerdotes del señor? ¡Oh siglos, oh tiempos, en que una fé pura y ardiente animaba los pechos de los personajes mas ilustres, y que inducia á los mas gloriosos monarcas á humillar sus diademas, y arrojar sus cetros ante un ministro del Santuario! Así lo hacian, señores, los Constantinos, los Boleslaos, los Luises, los Fernandos y Recaredos y otros mil príncipes tan sabios como católicos, y no menos aguerridos y emprendedores, que humildes y fieles veneradores del sacerdocio. ¿Y en nuestros dias? ¿Qué es lo que se vé en nuestros dias? ¿A dónde tiende su amortiguada vista el afligido sacerdote, que no halle en torno de sí antipatías, desprecios, amenazas, persecucion é infortunios? ¡Oh tiempos de nuestros padres! ¡Oh siglos de fé, de piedad y de religion! Ya pasásteis. ¡Dios sabe si os volveremos á ver....!

Pero señores, si la dignidad del sacerdote es tan augusta y escelsa, tambien pesan sobre él los mas estrechos deberes, inseparables de su elevado ministerio. Para demostrar esta verdad me bastaria recordarle aquellas palabras del Señor al profeta Ezequiel, cuando le dijo: hijo del hombre, cuando un centinela está puesto para velar sobre su pais, y viendo venir sobre él la espada no sonare la vocina para que el pueblo se ponga en salvo, si llegare la espada y quitare la vida á alguno de ellos, yo demandaré la sangre del que muriere al mismo centinela. Ahora bien; yo te he puesto á tí por centinela en la casa de Israel; por tanto, si cuando yo digo al impío, tu morirás de mala muerte, no le hablaré tú para que se aparte de su mala vida, morirá el impío en su iniquidad, pero á tí te pediré cuenta de su sangre. ¡Qué imágen tan espresiva del celo vigilantísimo que debe adornar á un minis-

tro del Santuario! Por eso el Apóstol en la persona de su discípulo Tito, exhorta al sacerdote á velar incesantemente, á trabajar infatigablemente, á reprender oportuna é importunamente á los que, desviándose del sendero de la justicia, se extravían por los caminos de la iniquidad. Por manera, que en virtud de este deber sagrado, debe el sacerdote mirar como suyos propios los intereses de su Dios, y las ofensas hechas á la divina Magestad deben escitar todo su celo, y la mas incansable solicitud.

Lejos pues del ministro del Santuario la aceptación de personas, la diferencia de fortunas. Todas las afecciones terrenales deben enmudecer para un hombre que es deudor al sábio no menos que al ignorante; al pobre no menos que al rico; al pecador, no menos que al justo; porque su objeto debe ser el servir á todos para ganarlos á todos á Jesucristo. Como buen pastor, debe correr en pos de las ovejas extraviadas, tomarlas sobre sus hombros, y restituirlas al redil del Pastor eterno de las almas. Como médico, debe curar los corazones encancerados por la culpa, derramando sobre ellos el dulce bálsamo de la esperanza, alentando su abatimiento con la memoria de un porvenir eterno, y poniendo á su vista la dulce perspectiva de la inmortalidad. Como padre, debe ser la providencia visible para todos aquellos que gimiendo en la horfandad, beben el cáliz de la amargura, y se alimentan del pan de la tribulación. Como juez, poniendo en primera línea los intereses de la vida futura, debe lanzar fuertes gritos que penetren en el seno de las conciencias culpables, y teniendo á la vista los juicios de Dios, procurar que la justicia triunfe, que el honor sea indemnizado, condenada la usurpación, y la Magestad Suprema vindicada de los ultrages de la humana perversidad.

Tales son, oh nuevo sacerdote, tales son en resúmen los estrechos deberes que pesan sobre tí; tal es la gloriosa cuanto difícil carrera que desde hoy emprendes. Tiembla, si olvidando tu carácter augusto, no trates de llenarlos con la posible exactitud. Confiado, empero, en la bondad infinita de aquel que tan benignamente te ha elegido, sube animosamente al altar santo, y robustecido con el pan de los fuertes y con el vino que engendra vírgenes, podrás caminar impávido hasta la empinada cima del monte santo del Señor. No te detengas, pues; toma en tus manos

aquella hostia santa, pura é inmaculada; ofrécela al Señor por mano de sus santos ángeles, y estos la llevarán al Santuario eterno, en donde será mas aceptable que las hostias de Abel, que los sacrificios de Abraham, y las ofrendas del sacerdote Melquisedech. Pero detente un momento, y antes que tus labios pronuncien esas cinco palabras omnipotentes, que harán descender á tus manos al Rey inmortal de los siglos; antes que por primera vez obres ese milagro que encierra en sí una infinidad de prodigios, tiende la vista por el sagrado recinto de este templo, y aunque es cierto que entre la multitud que ha venido á honrarte con su asistencia, no hallarás á los autores de tus dias, hallarás en cambio á la persona que te es mas querida sobre la tierra. Sí: á la vista tienes á tu dulce y querida hermana, cuyo corazon, como lo testifican sus lágrimas, rebosa hoy en dulces emociones de placer, al verte subir por la primera vez al altar santo. Despues de tus padres, ella, sus hijos y tus mas allegados, son los caros objetos que primeramente debes presentar ante el trono del Eterno al ofrecerle la divina víctima de infinito valor y precio. Ruega despues por todo el cuerpo de la Iglesia, por su cabeza visible nuestro Santísimo Padre Pio IX, por todos sus prelados y ministros; por tus buenos amigos; y ruega tambien por mí, pues sabes que el vinculo de la amistad que dulcemente nos une en Jesucristo, me ha comprometido á subir á este sagrado sitio para dar algun realce, del modo que es posible á mi cortedad, á la solemne funcion de tu primera misa. Dirige tambien una mirada compasiva á las almas que viven en la mansion del dolor; tal vez el momento de este sacrificio va á ser el que las traslade á la mansion feliz de la eternidad. Por último, ruega tambien por todos los presentes, que ellos á su vez rogarán tambien por tí, para que el Señor te adorne de las virtudes necesarias para el digno desempeño de los deberes que te impone tu carácter sublime.

Derramad, ¡oh gran Dios! derramad vuestro Divino Espíritu sobre este nuevo sacerdote que ejerce hoy por la primera vez el incomparable ministerio de vuestro coadjutor en la salvacion de las almas. Abrid á sus clamores el seno de vuestras misericordias sobre las urgentes necesidades que tanto afligen á la Santa Iglesia, y á todas las naciones. Aceptad, Señor, su sacrificio como un

olor de suavidad en vuestra presencia. Hacedle, en fin, puro, casto, immaculado, y digno ministro de vuestros altares.

Y vos, Virgen Purísima, Virgen Inmaculada, Reina y Señora de los Angeles: desde el trono de gloria en que reináis á la diestra de vuestro Divino Hijo, colmad de otras divinas bendiciones á este nuevo ungido del Señor. Contadle, Madre dulcísima, contadle en el número de los que vos amais, y teneis escritos en vuestro pecho virginal, para que cumpliendo fielmente su sagrado ministerio acá en la tierra, llegue algun día, y lleguemos todos á ver y alabar á Dios en vuestra compañía en las delicias eternas de la gloria. Amen.

olor de su vida en vuestra presencia: Hacedle, en fin, puro, cas-
to, inmaculado, y digno ministro de vuestros altares.
Y vos, Virgen Purísima, Virgen Inmaculada, Reina y Señora
de los Angeles: desde el trono de gloria en que reinais á la diestra
de vuestro Divino Hijo, colmad de otras divinas bendiciones á es-
te nuevo nido del Señor: Comadle, Madre dulcísima, comadle
en el número de los que vos amais, y tener escritos en vuestro
pecho virginal, para que circunplacido finalmente en sagrado muni-
terio sea en la tierra, llegue algún día, y llegemos todos á ver
y habitar á Dios en vuestra compañía en las delicias eternas de la
gloria. Amen.

